

LA IZQUIERDA Y EL FUTURO DEL TRABAJO

Benjamin Hunnicutt

Soy más escéptico sobre el «futuro del trabajo» que los organizadores de este Encuentro internacional (Encuentro sobre «El futuro del trabajo», celebrado en septiembre de 1992 en Sevilla), y estoy en desacuerdo con el primer «hecho» que incluyen en el prospecto para que los «autores lo utilicen como base para sus reflexiones». Para mí no está nada claro que «la reducción (desaparición futura) del trabajo en el sentido tradicional de la palabra» sea un «hecho» y que la automatización y la robotización sean automáticamente «destructores de empleo» en lugar de creadores de empleo. Por más que pueda ser cierto, como afirman algunos ponentes, que en algunos países de Europa, «entre 1960 y 1990... el número global de horas trabajadas en la economía (es decir, el volumen de la mano de obra) haya disminuido en un 28 por 100», indudablemente esto no es lo que sucede en todo el mundo y a duras penas puede considerárselo como una tendencia internacional. Estos «hechos» no representan una amenaza creíble para lo que yo considero que es la hegemonía mundial del trabajo.

La historia reciente de los Estados Unidos y varias otras de las principales naciones industrializadas del mundo, incluido el Japón, revelan una contratendencia que es discutiblemente la ola del futuro, destinada a empantanar el avance hacia una reducción del trabajo. La creación y la expansión del trabajo han sido durante años las realidades económicas predominantes en el lado del At-

lántico en el que yo vivo. Ha predominado más la cultura del trabajo que una «ética del ocio», mientras que la política de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» ha ahogado todas las sugerencias de que tal vez fuera posible o deseable una reducción adicional del trabajo.

Los historiadores de los Estados Unidos ya han descubierto «el fin de la reducción de la jornada de trabajo» y llevan ya algunos años escribiendo sobre las causas de este fenómeno. Han determinado que aunque la reducción del trabajo fue una tendencia histórica poderosa, que duró más de un siglo, y aunque promovió una amplia especulación sobre la «futura desaparición del trabajo», esa tendencia aparentemente irresistible llegó a un final abrupto hace cincuenta años, cuando el «volumen del trabajo» interrumpió su prolongada deflación en los Estados Unidos. Los historiadores han sostenido que en lugar de la reducción de la jornada de trabajo, lo que aparecía como política del Gobierno en el *New Deal*, era la creación de trabajo, y que lejos de reducirse, en realidad, el «volumen del trabajo» ha crecido en los últimos años a medida que las mujeres iban integrándose a la fuerza de trabajo.

Además, los encuestadores y los economistas han mostrado recientemente que las horas de trabajo han aumentado espectacularmente a lo largo de los últimos veinte años en los Estados Unidos. Según Louis Harris and Associates, el americano medio trabaja hoy un 20 por 100 más que en 1973

(habiendo pasado de 40,6 horas a 48,8 horas) y tiene un 32 por 100 menos de tiempo libre por semana (bajó de 17,7 horas por semana a 8,5). La economista de Harvard Juliet Schor acaba de escribir *The Overworked American: The Unexpected Decline of Leisure*, un libro que ha suscitado un gran interés en los Estados Unidos porque en él afirma que el «ciudadano medio» trabaja todo un mes más en la actualidad que a comienzos de la década de 1970.

Además, la creación de puestos de trabajo ha sido la base de una coalición política notable y perdurable entre la derecha y la izquierda en los Estados Unidos, y según todos los indicios es probable que se intensifique en el futuro. En este año electoral toda suerte de políticos en los Estados Unidos compiten entre sí, afirmando que sus políticas y sus planes son mejores porque van a crear más puestos de trabajo. En todo el mundo del trabajo se repite el grito y el coro de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» se difunde en el aire.

Allí donde los liberales se manifiestan partidarios de estimular la economía y proporcionar formación en el puesto de trabajo o puestos de trabajo gubernamentales, los conservadores ponen sus esperanzas en la expansión espontánea de una economía desregulada, con menos impuestos, para proporcionar más trabajo para más gente. La expansión del trabajo, apoyada o bien por la confianza de la derecha en la disminución de los impuestos para los ricos y la expansión a toda costa, o basada en la confianza de la izquierda en un gobierno capaz de crear puestos de trabajo está en la base de numerosos dilemas modernos. Por parte de la derecha, los delitos medioambientales se justifican por la necesidad de crear «EMPLEOS» por encima de todo. Entre la izquierda se acepta que la creación de puestos de trabajo es preferible al desempleo, sin pensar demasiado en el derroche y la humillación humanas de hacer «el trabajo» que hacen los burócratas. Incluso en este Encuentro oímos el clamor a favor de una mayor creación y expansión del trabajo, de las «del trabajo bueno, por supuesto», no de los tipos destructivos que prefiere la derecha. La capacidad de las empresas para sacar nuevos productos y hacer publicidad de los mismos a fin de transformarlos en necesidades de la noche a la mañana, así como la capacidad de los burócratas para crear «trabajo» vacío de significado, son infinitas. Entre ambos no tendrán dificultades para hacer que el «trabajo sin fin» sea una realidad, a pesar de la expansión enorme y exponencial de la mecanización, informatización y robotización.

Tanto la izquierda como la derecha aceptan el crecimiento de los puestos de trabajo en el sector servicios y vacilan ante lo que André Gorz ha descrito como la terrible regresión social que esto implica. Por deferencia al lema de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» la izquierda y la derecha han aceptado la necesidad de comercializar cada vez más la vida humana, reduciendo sin cesar las actividades libres. Poco queda de la vida que no se compre o se venda (en los Estados Unidos cada vez somos menos capaces de concebir «actividades libres» que tengan un valor al margen del comercio). La familia, la comunidad y la Iglesia quedan cada vez más expresadas en el *Cash Nexus* y el ocio es trivializado como algo que no vale nada a menos que haya dinero de por medio.

La idea de que «cuanto más trabajo, mejor» ha pasado a ser uno de los supuestos más ampliamente compartidos por lo que respecta a las economías modernas. Su corolario —que una de las responsabilidades mayores del Gobierno es ayudar a crear más puestos de trabajo para más personas y a reemplazar los puestos de trabajo perdidos como consecuencia de los avances tecnológicos— cuenta con numerosísimos partidarios a lo largo de todo el espectro político. En lugar de considerar el progreso como algo que trasciende el trabajo, la necesidad y las preocupaciones económicas, lejos de creer que la liberación cada vez mayor del esfuerzo es un constituyente del progreso humano, gran parte del mundo industrial comparte la idea de que el trabajo es un fin en sí mismo, la medida última del progreso y la definición de la prosperidad. Los capitalistas, los directivos y los líderes sindicales han dejado de soñar con una mayor reducción del trabajo y con la «obsolescencia de la necesidad», pugnando en cambio por un mundo lleno de trabajo suficiente para todos o cavilando sombríamente sobre la «hambruna de trabajo» que se avecina.

Por tanto, considero que en mi país el trabajo cobra mayor fuerza en lugar de declinar. Veo que disminuye el ocio, hundiéndose en la más pura trivialidad y corriendo el peligro de desaparecer totalmente. El trabajo, y no el ocio, es el que gobierna la política, domina la cultura, determina la economía y esclaviza con mano férrea los corazones y las mentes de las personas. Incluso en esta Conferencia Internacional seguimos oyendo la voz de algunos que se aferran y no se atreven a cuestionar la fe en la expansión del trabajo por encima de todo.

Sostengo que sin oposición, organización y acción política concertadas las tendencias europeas pronto seguirán la senda del precedente america-

no. Me atrevo a predecir que la reducción del trabajo que los patrocinadores de este Encuentro consideran un signo positivo para las naciones europeas acabará pronto y cambiará la tendencia cuando el trabajo empiece a expandirse en todo el mundo: incluso ahora, las naciones del mundo están cerradas en una competencia desesperada por «puestos de trabajo», y se considerará como triunfador internacional al país capaz de sacar mejor partido al trabajo del mundo.

Sin una oposición decidida es poco probable que la hegemonía del trabajo ceda por su propia voluntad o sucumba ante el auge de la automatización. Tal como señaló Stephan Linder hace algún tiempo en *The Harried Leisure Class*, la sociedad de consumo está tan firmemente atrincherada que un cambio que implique más ocio en vez de más lujos podría significar una modificación drástica en la cultura europea y una redefinición del progreso de «proporciones históricas». Herbert Marcuse insistió también sobre el mismo aspecto en el prefacio de *Eros y civilización*:

«La automatización amenaza con hacer posible la reversión de la relación entre tiempo libre y tiempo de trabajo: la posibilidad de que el tiempo de trabajo se convierta en algo marginal y el tiempo libre se convierta en un tiempo pleno. El resultado sería una transvaloración radical de los valores y un modo de existencia incompatible con la cultura tradicional. La sociedad industrial avanzada está en permanente movilización contra esta posibilidad.»

Hasta que la coalición de izquierda y derecha que ha apoyado la creación del trabajo durante la mayor parte de este siglo salga a la luz y se vea desafiada, es poco probable que aumente el ocio. La única posibilidad de abordar los problemas de alcance mundial creados por la creación de puestos de trabajo en las naciones industrializadas es la renovación de la antigua política de menor cantidad de horas. Sin un poderoso liderazgo con ideas nuevas y con una atractiva agenda política el trabajo seguirá su expansión con resultados temibles. Considerando el dominio político de los conservadores en mi país y en Europa, insisto una vez más en que es esencial formar una nueva coalición de la izquierda y la derecha que respalde una reducción del trabajo similar a la coalición que durante tanto tiempo ha apoyado la creación de puestos de trabajo y tan poderosa como aquella.

LOS TRAGICOS RESULTADOS DE LA CREACION DE PUESTOS DE TRABAJO

Sin embargo, queda un escaso margen para la esperanza. En la izquierda están apareciendo signos claros de transformación. Escritores y políticos destacados de la izquierda han desenterrado recientemente «la reducción progresiva de las horas de trabajo» de medio siglo de olvido, e importantes grupos europeos, tales como el SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands) y los sindicatos de Alemania, el PCI (Partito Comunista Italiano) y los sindicatos de Italia y los Países Bajos han apoyado la antigua causa del trabajo.

Al respaldar el resurgimiento de la reducción del trabajo los teóricos de la política han empezado a sostener que la antigua cuestión podría ayudar a restablecer un centro ideológico y un elemento aglutinador del cual la izquierda ha carecido durante años. Escritores tales como André Gorz en Europa y los senadores Eugene McCarthy y William McGaughey en los Estados Unidos llegan a la conclusión de que la izquierda debe arrebatar a la derecha el feudo de la libertad, redirigir sus ataques sobre la irracionalidad básica del capitalismo, el despilfarro, la explotación humana y medioambiental y los valores materiales y mostrar el camino hacia un nivel de vida superior que el consumismo y a una cultura que no esté basada en la avaricia. Varios teóricos recientes ven en la cuestión de la reducción progresiva del trabajo una manera práctica de reconciliar y llevar a cabo esos objetivos fundamentales.

Uno de los ataques más efectivos lanzados sobre la creación de puestos de trabajo ha sido la demostración de los catastróficos resultados de la política de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS». Por ejemplo, en *Metamorphoses du Travail* (traducido al inglés como *Critique of Economic Reason*) Gorz ataca uno de los últimos bastiones de la «razón pura», la racionalidad del libre mercado, insistiendo en que la razón económica, basada en el funcionamiento «lógico» de libre mercado, por sí misma es incompleta o contradictoria. Sostiene que existen dos errores fundamentales en la nueva encarnación del positivismo económico, el «thatcherismo» y la *reaganomics*: la creencia de que todos los valores humanos pueden ser representados por la economía y el imperativo de expandir la «esfera económica» indefinidamente, invadiendo el terreno de lo que antiguamente eran actividades libres del ser humano. (Una de las metáforas centrales de Gorz es la prostitución como

comercialización y destrucción de valores humanos.)

Citando profusamente a Jürgen Habermas, observa que un capitalismo sin restricciones es siempre un imperialismo. Pero incluso más peligroso que su agresión tradicional contra las naciones es la difusión reciente, tumoral, sobre la naturaleza, la cultura tradicional y los valores libres, no pecuniarios (lo que Habermas denominó la «colonización de las aspiraciones no económicas»).

Apoyando la teoría de Gorz, los historiadores de los Estados Unidos han demostrado que una de las causas principales de la metástasis del capitalismo fue la moderna noción de que el trabajo es un fin en sí mismo (lo que Félix Cohen denominó en una ocasión «trabajo sin fin»). Durante el siglo XIX y comienzos del XX pocos trabajadores estaban convencidos de que la recompensa por trabajar duro era tener más trabajo que hacer, y así para siempre. Más bien se consideraba que el trabajo era la vía hacia mejores cosas, hacia «actividades libres» fuera de lo que Karl Marx llamó la «esfera de la necesidad». De acuerdo con lo que su buen sentido común les decía, «trabajad para vivir, no viváis para trabajar», generaciones de trabajadores lucharon por conseguir jornadas de trabajo más cortas. Pero la idea de que el trabajo era simplemente un medio para obtener mejores cosas fue superada por la definición que da el capitalismo del progreso como el crecimiento económico infinito a través de una renovación eterna del trabajo, y la política de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» fue ganando mayor ascendente.

Así, la hipótesis básica de Gorz de que el trabajo se había transformado, a lo largo del último siglo, de medio humano en fin capitalista ha sido apoyada por la evidencia histórica vivida en los Estados Unidos.

Pero en teoría (Habermas) el capitalismo en modo alguno es capaz de responder a la cuestión última de la libertad: «¿Qué actividad o valor lo es por sí mismo?», porque por definición la lógica económica tiene que ver con los medios y los valores de intercambio, nunca con fines o valores que trasciendan el mercado. Lo único que puede hacer el capitalismo es crear jaulas para ardillas cada vez más espléndidas y llamarlas libertad y progreso.

Históricamente se ha demostrado que en la noción de que el trabajo es por sí mismo una recompensa estaba implícito el supuesto de que los aumentos en la productividad siempre deben redundar en niveles de vida cada vez más altos (consumismo) y que el esfuerzo humano «ahorrado» por

las máquinas debería siempre ser «reemplado» en un trabajo nuevo y mejor. Tal como predijo Habermas, se ha demostrado históricamente en los Estados Unidos que a medida que el trabajo se expandía, difundía los valores económicos contagiosos y homogéneos del mercado («el hombre unidimensional») y el imperativo de crecimiento hacia áreas de la vida que antiguamente habían estado libres del mercado, dejando fuera una cultura humana sana y compleja.

Además, los historiadores de los Estados Unidos han demostrado también que la encarnación de «trabajo sin fin» en las políticas gubernamentales diseñadas para crear más trabajo para más personas y la aquiescencia de la izquierda y de los movimientos laborales fueron victorias para el capitalismo e hicieron que el movimiento de reducción del trabajo llegase a su fin hace casi cincuenta años. Y como Juliet Schor demostró, esas políticas también desempeñaron un papel vital en el aumento del trabajo a lo largo de las dos últimas décadas. Las políticas de creación de trabajo fueron conseguidas naturalmente en la sociedad americana por la difusión de la irracionalidad fundamental del capitalismo y el control sobre formas rivales de la razón, la cultura y los valores. Y el mundo canceroso del «trabajo total» sigue ampliándose.

Entre los resultados trágicos (incluida la distribución indebida y burda de la riqueza y la explotación humana y medioambiental masiva) de la metamorfosis del trabajo está la segmentación de los trabajadores en una minoría con «buenos empleos» y una mayoría cada vez más extendida de «trabajadores marginalizados», que están en los límites de la economía. Los trabajadores se fueron «polarizando entre los “que poseen” y los “desposeídos”» de acuerdo con el trabajo que realizaban. Los trabajadores lo suficientemente afortunados como para tener buenos empleos, prosperan. Otros quedan «congelados» porque ni el Gobierno ni la libre economía pueden proporcionarles los «buenos empleos» que los liberales y los conservadores vienen prometiendo desde hace cincuenta años. Las economías modernas no son capaces de vivir de acuerdo con los mitos del trabajo que perpetúan; la mayoría de los nuevos puestos de trabajos son galaxias separadas de la utopía del trabajo que los socialistas siguen imaginando y de los «buenos empleos» que prometen los capitalistas. El credo de que «el resultado natural de la automatización es un trabajo nuevo y mejor» queda desmentido por la proliferación de puestos de trabajo domésticos y «serviles» y los teóricos empiezan a sugerir que está resurgiendo una clase servil

que rivaliza con la subclase de comienzos del siglo XIX.

Como Juliet Schor y otros han demostrado, la creación de puestos de trabajo y el crecimiento económico eterno también ejercen presión sobre los individuos, las familias, las comunidades y el medio ambiente, moviendo a otros escritores a proclamar que el imperativo del crecimiento del capitalismo da lugar a la mayoría de los problemas que los Estados de Bienestar tratan de abordar. «La redes de seguridad» fallan en un nivel fundamental, porque dependen del crecimiento del capitalismo. En consecuencia, los sistemas de bienestar y las burocracias están diseñados para apoyar la política de imperativo de crecimiento del capitalismo. Se ha instaurado un círculo vicioso donde la expansión económica crea los problemas que el Estado de Bienestar trata de solucionar confiando en una expansión económica adicional.

Varios escritores de los Estados Unidos han concentrado su atención y sus críticas en el «derroche». Por ejemplo, en su libro *Nonfinancial Economics* McCarthy/McGaughey observaron que «el crecimiento económico se vuelve contraproducente por lo que respecta al esfuerzo humano [cuando] trabajamos más duro para volvernos más pobres: si nos paramos a pensar en esto, puede que la oferta de más tiempo libre empiece a tener más sentido». Proporcionando numerosos ejemplos de cómo la creación de puestos de trabajo implica gastos sin sentido de tiempo y de recursos (intermediarios financieros que «mueven» cuentas, burócratas que intercambian papel, administradores académicos que diligentemente inventan nuevo trabajo para que lo hagan los demás) McCarthy/McGaughey llegan a la conclusión de que «el crecimiento económico [sólo para inventar más trabajo] tal vez no sea real, sino que presente simplemente la adjudicación de dólares a actividades que solían hacerse gratuitamente». La moderna creencia simplista en «buenos puestos de trabajo» apenas se tiene en pie en presencia de la opinión de la antigua opinión Mediooccidental-Populista de que muchos de los puestos de trabajo nuevos, fantasiosos, creados por la vida moderna y por los burócratas son meras imitaciones que desvirtúan el esfuerzo real, productivo.

Pero puede que uno de los argumentos más convincentes contra el imperativo del crecimiento del capitalismo y los políticos de los «EMPLEOS» esté por resurgir todavía. Hace más de un siglo John Stuart Mill predijo que si el mundo occidental tomaba el camino que en realidad ha tomado, el medio ambiente se destruiría irremediablemente: «La tierra debe perder todos esos aspectos gra-

tos que debe a cosas de las cuales sería despojada por un crecimiento ilimitado de la riqueza... Confío sinceramente, por el bien de la posteridad, en que la gente se conforme con parar mucho antes de que la necesidad la obligue a hacerlo.»

Mill escribió que el mundo natural será el precio que deberemos pagar en última instancia por «consumir [más] cosas que proporcionan un placer escaso o nulo como si fuesen representantes de la opulencia... se saca [poca] satisfacción de la contemplación de un mundo donde no queda nada librado a la actividad espontánea de la naturaleza...». Mill lo expresó de una manera rotundamente clara: unos aumentos ilimitados del trabajo y de la riqueza en un mundo limitado son simplemente imposibles. Tarde o temprano los seres humanos tendremos que enfrentarnos al hecho de quedar liberados del trabajo: o bien aceptando los límites inevitables y tomando voluntariamente vacaciones, o bien rechazando cualquier imposición de límites, lanzándose a un erial de naturaleza agotada donde hará estragos una epidemia de desempleo forzado. Tal como dijo una vez William Green, anterior jefe de la Federación Americana del Trabajo, la liberación del trabajo llegará; sólo hay una opción: «ocio o desempleo».

Mill se dio cuenta de que los responsables de una posible destrucción del medio ambiente no serán los industriales ávidos ni los que contaminan irreflexivamente, sino la moderna dedicación al imperativo del crecimiento y a la creación infinita de trabajo. Es hora de que el Movimiento Verde de Europa y los conservacionistas de los Estados Unidos reconozcan la conexión que existe entre la economía y la política de la creación de puestos de trabajo y la destrucción del mundo natural y se unan a la clase trabajadora para reducir un trabajo humano innecesario.

SOLUCIONES: BASES TEORICAS Y PRACTICAS DE UNA RENOVACION DE LA REDUCCION DE LA JORNADA DE TRABAJO

Dado que la política de creación de trabajo está fracasando a ojos vista y dando lugar a «nuevas barbaridades técnicas», es hora de que reconsideremos la economía y la política de la reducción del trabajo y el valor de un aumento del tiempo libre. McCarthy/McGaughey sostienen que «... los horarios de trabajo no se modificarán en los Estados Unidos a menos que intervenga el Gobierno Federal... el factor crucial es político». Proponen como modelo el proyecto de Ley de la Semana de

Trabajo de treinta y dos horas presentado por el republicano John Conyers ante la Cámara de Representantes de los Estados Unidos y sugieren que se modifique la Fair Labor Standards Act en 1938 a fin de establecer una base factible para poner nuevamente en marcha la política de reducción de la jornada de trabajo.

Además, Schor ofrece varias soluciones prácticas para «exigir tiempo libre»; por ejemplo, limitar las horas de trabajo de los empleados asalariados, promover «un tiempo compensatorio» (compensar a los trabajadores con tiempo libre en lugar de recompensar a los que trabajan horas extraordinarias), hacer que el trabajo a tiempo parcial sea más atractivo, sometiendo a «votación» de los trabajadores si prefieren que sus aumentos sean en dinero o en tiempo libre, y promoviendo leyes para desvincular del empleo subsidios sociales básicos como el seguro de salud.

Pero antes de que sea posible una acción política práctica, detallada, como la que hemos señalado, es posible que la izquierda deba reorientarse reconsiderando la antigua causa de la reducción de la jornada de trabajo. Tal como lo demuestra Gorz, esto implica contradecir un principio socialista aceptado durante más de sesenta años, es decir, que antes de que el ocio sea posible o deseable, el trabajo debe ser reformado y perfeccionado por un Estado socialista. Pero tal como lo demuestra Gorz, «para la masa de los trabajadores ya no es el poder de los trabajadores» lo que constituye la utopía orientadora, sino la posibilidad de dejar de funcionar como trabajadores; se pone menos el acento en la liberación por el trabajo que en la liberación del trabajo, garantizándose unos ingresos plenos».

Para reinstaurar una solidaridad de clase, Gorz recomienda una «ruptura con la utopía del trabajo» que ha sido profundamente «thatcherizada» y una vuelta a la política de compartir el trabajo que existe. Sostiene que la clase trabajadora debe «formular una política para una amplia... reducción de las horas de trabajo». Esto haría que el elemento aglutinante de la cultura fuese el ocio, no el consumismo; que el bienestar humano básico quedase separado del imperativo de crecimiento categórico del capitalismo y que se aislasen del mercado los valores no pecuniarios, ya no contaminados por el valor de cambio. Sólo entonces recuperará la izquierda el feudo de la libertad.

En franca contradicción con la mayoría de los escritos socialistas de este siglo, Gorz llega a la conclusión de que una reducción progresiva del trabajo es una condición histórica previa necesaria para el perfeccionamiento del trabajo: «La li-

beración del trabajo habrá producido una liberación dentro del trabajo, sin... transformar el trabajo (como predijo Marx) en una actividad independiente remunerada por honorarios». Y tal como lo señaló Peter Glotz, los trabajadores se convertirían entonces en «dueños soberanos de sus propias vidas (y de su tiempo) sin tener que pasar primero por el sangriento proceso de la revolución». Es así que la reducción del trabajo lleva a Gorz a un socialismo agudo y simplificado:

«En el futuro, la izquierda se distinguirá fundamentalmente de la derecha por los objetivos emancipadores hacia los cuales trata de encauzar el campo técnico..., por su voluntad de aplicar los ahorros en tiempo de trabajo a fines sociales y culturales, que devuelvan los objetivos económicos al segundo plano. Llegamos aquí a la esencia del socialismo, tal como lo hemos definido siguiendo a Karl Polanyi: la subordinación de las actividades económicas a fines y valores sociales..., la subordinación de la racionalidad económica a los fines sociales.»

UNA NUEVA COALICION DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA EN APOYO DE LA REDUCCION DEL TRABAJO

La historia de la reducción de la jornada de trabajo en los Estados Unidos revela la breve existencia de una coalición de la izquierda y la derecha para respaldar una reducción continua de la jornada de trabajo. Esta coalición se basó en la convicción de que la reducción de la jornada de trabajo permitiría abordar el problema del desempleo (compartiendo el trabajo existente) y reorientaría el capital de una industria del derroche hacia la industria básica.

Numerosos hombres de negocios y los «capitalistas del bienestar» se unieron a la cruzada de compartir el trabajo existente en las décadas de 1920 y 1930 en los Estados Unidos, creyendo que una reducción de la jornada de trabajo ofrecería una solución permanente al desempleo tecnológico basado en «la eliminación del trabajo, no del trabajador». Varios teóricos conservadores afirman que entonces se reveló el auténtico milagro del capitalismo del bienestar: el ocio. Bajo la dirección de industriales ilustrados, tales como W. K. Kellogg, Paul Litchfield y Henry Ford, y según teóricos tales como A. O. Dahlberg, el libre intercambio de bienes, servicios y mano de

obra en el libre mercado no tendría que desembocar inevitablemente en un consumismo inescrupuloso o en la explotación eterna de las personas y recursos por un capitalismo respaldado por el Gobierno. El destino del capitalismo se revelaba más bien como una nueva liberación del trabajo para un número de personas cada vez mayor, logrado a través del mercado. Los trabajadores quedarían liberados mediante sueldos cada vez más altos y cada vez menos horas de trabajo hasta lograr la libertad final que les prometió la Declaración de Independencia: la Búsqueda de la Felicidad.

Pero esta liberación se basaría en la libertad; en la libre elección del capitalista para reducir la jornada de trabajo (que era una decisión sensata de los directivos) y la libre elección de los trabajadores de cooperar y aceptar menos horas como un beneficio, o como un «bien normal», a la par que salarios más altos. Tanto los trabajadores como los capitalistas harían elecciones libres, sensatas, dentro del libre mercado, por su propio beneficio. El resultado sería un desplazamiento del centro de la vida americana de la necesidad hacia la libertad.

La efímera coalición en pro de la idea de compartir el trabajo existente proporciona un modelo para la formación de una moderna alternativa política que se enfrente a la tan apoyada creación de trabajo. A menos que se forme una coalición de la izquierda y la derecha para dar su apoyo a la reducción de la jornada de trabajo, prevalecerá la coalición existente que apoya la creación de trabajo. A menos que elementos de la derecha, abandonando la fe en el eterno crecimiento económico y encontrando en el libre mercado la posibilidad de una salida libre del mercado, se unan a elementos de la izquierda que dejen de lado la fe en el «perfeccionamiento del trabajo» a través de la intervención del Estado y se pasen a las filas de la «liberación del trabajo» en lugar de la «transformación del trabajo», seguirán campando por sus respetos la creación de trabajo y el imperativo de crecimiento del capitalismo.

UNA NUEVA ORIENTACION PARA LA IZQUIERDA

Al comprometerse con la creación de trabajo, con el «trabajo sin fin», la izquierda y la derecha se han unido para respaldar una cultura dominada por la nueva ética del trabajo del capitalismo y del socialismo, según la cual parece que el trabajo es lo único que tiene valor y lo determina.

La distinción entre los marxistas materialistas y los capitalistas materialistas se pierde porque ambos niegan el ocio y aceptan el trabajo como algo absoluto.

Como consecuencia de ese acuerdo es fundamental que la izquierda adquiera una nueva visión política para sobrevivir y ofrecer un programa de reforma. En un nivel teórico es necesario reestructurar los fundamentos ideológicos, adoptando la idea de la reducción de la jornada de trabajo y dejando de lado el crecimiento económico permanente, la creación infinita de trabajo y los «buenos puestos de trabajo» para siempre. Lo que se necesita es una concepción alternativa, una concepción más antigua de la libertad; la liberación del trabajo y de los patronos: tiempo libre para actividades más importantes que conseguir y gastar. Gorz describió esas cosas como «el trabajo... autodirigido..., una dedicación más plena a la consecución de los propios sueños en el tiempo que otrora se dedicaba a servir a la agenda institucional, así como la renovación espiritual necesaria de un auténtico tiempo de ocio...».

Lo que se necesita es la reafirmación del antiguo principio socialista de que el ocio es riqueza y que debe contar como parte de la prosperidad y el progreso de un país. La renovación de una idea como ésta alteraría fundamentalmente la razón económica y revolucionaría la política.

Observando los dramáticos acontecimientos que tuvieron lugar en Europa, el apoyo cada vez mayor que concita la reducción de la jornada de trabajo y el desmoronamiento de los regímenes comunistas que abren nuevas posibilidades para el socialismo democrático nos queda un resquicio para la esperanza.

Durante el Encuentro de septiembre sobre «El futuro del trabajo» varios de los ponentes hablaron de la importancia de reducir la jornada de trabajo y aumentar el tiempo de ocio. Adam Schaff dijo que la reducción de la jornada de trabajo era una de las dos cuestiones más importantes a las que se enfrentaba el futuro del socialismo. Pero este escritor insistió en aquella ocasión en que la reducción de la jornada de trabajo era algo especial. Junto con Gorz y McCarthy, este escritor consideraba que la reducción de la jornada de trabajo podría ayudar a restablecer un centro ideológico y un factor aglutinante del que la izquierda ha carecido durante años.

El aumento del ocio fue una preocupación básica de los primeros escritores socialistas, destacándose entre ellos Karl Marx, quien consideraba al ocio como la transformación final del trabajo en libertad. Además, la reducción de la jornada

de trabajo es revolucionaria en el sentido de que los trabajadores individuales pueden asumir el control de sus propias vidas apartándose del mercado y de la esclavitud voluntaria de la eterna creación de trabajo. Una perspectiva como ésta es apabullantemente simple. Con todo, ya fue vislumbrada por los trabajadores del siglo XIX y por los primeros socialistas.

Además, tal como escribe Gorz, la reducción de la jornada de trabajo es una condición previa y necesaria para el perfeccionamiento del trabajo: el trabajo nunca será «intrínsecamente motivado» ni «autotélico» hasta que no llegue un momento en que la vida se centre más en la libertad que en «ganar y gastar». Por otra parte, si trabajador y empresario coinciden sobre la importancia fundamental del trabajo y la creación de trabajo y están unidos por esta causa común fundamental, entonces «adiós para siempre a las clases trabajadoras». Sólo en la medida en que la reducción de la jornada de trabajo establezca una división entre los trabajadores y aquellos que pretenden fabricar más trabajo y crear más necesidad para los demás (tanto capitalistas como socialistas), habrá una base o una razón para la división de clases en el futuro.

Por último, la reducción de la jornada de trabajo ofrece la posibilidad de una solidaridad internacional de los trabajadores. Como elocuentemente demuestra Gorz, los salarios más elevados han dividido a los trabajadores en un grupo privilegiado con buenos puestos de trabajo y una mayoría de trabajadores marginalizados, situados en la región fronteriza de la economía. Y tal como indicó Ulf Himmelstrand en el Encuentro sobre «El futuro del trabajo», la creación de empleos es un proceso desigual en el plano internacional; las naciones industriales ricas tienen la mayor parte de los puestos de trabajo y los trabajadores privilegiados, mientras que los países en vías de desarrollo tienen la mayoría de los puestos de trabajo y los trabajadores «marginalizados». Puesto que la reducción de la jornada de trabajo tiene la capacidad de redistribuir el trabajo constituye una nueva base para la solidaridad de los trabajadores. A

medida que los trabajadores más pudientes de los países industrializados empiecen a elegir el ocio en lugar de sueldos más altos y niveles cada vez más elevados de consumo, el trabajo y el empleo empezarán a fluir automáticamente hacia los trabajadores más pobres y los países en vías de desarrollo. La cuestión de compartir el trabajo en el plano internacional es practicable en este mismo momento. Además, tal como lo señaló hace algún tiempo el teórico de la economía monseñor John Ryan, la reducción de la jornada de trabajo ayudará a redistribuir la riqueza cuando los que tienen mucho cedan trabajo a los que tienen poco. Cuando los trabajadores de los países avanzados trabajen menos para que puedan trabajar más los de los países en vías de desarrollo, se habrá cambiado la dirección del desarrollo económico internacional. Cuando los trabajadores más pobres tengan más trabajo podrán exigir que se produzcan más bienes básicos; cuando los ricos trabajen menos, la demanda de artículos suntuarios se debilitará. Cuando el ocio empiece a reemplazar en los países industrializados a los artículos suntuarios como auténtica riqueza humana traerá aparejada la redistribución del trabajo y los salarios en el orden internacional.

Así pues, la reducción de la jornada de trabajo proporciona a la izquierda un nuevo y completo programa de actuación. Ofrece un acercamiento legítimo a la derecha, reemplazando a la larga y mortífera alianza sobre la que se basa la creación de trabajo. Es evidente que la reducción de la jornada de trabajo se inserta en la tradición de los albores del socialismo; brinda la oportunidad de un auténtico perfeccionamiento del trabajo; ofrece una forma práctica de redistribuir tanto el trabajo como la riqueza y la solidaridad para reemplazar a las divisiones acarreadas por unos pagos salariales desiguales, y nos presenta una revolución no violenta: una forma práctica que permita a la gente corriente asumir el control de sus propias vidas y crear comunidades e instituciones libres y actividades al margen del mercado, del capitalismo y del sueño de los burócratas que es la renovación permanente del trabajo.